

BREVE  
HISTORIA DE  
ESTADOS  
UNIDOS  
4ª EDICION  
PHILIP  
JENKINS  
ALIANZA  
EDITORIAL

Philip Jenkins

# Breve historia de Estados Unidos

Quinta edición

# Índice

Prefacio

Introducción

## 1. Tierras sin nombre: la colonización europea (1492-1765)

La población nativa

Los conquistadores

La colonia inglesa

Nueva Inglaterra

Ortodoxia y herejía

La crisis (1675-1692)

Las colonias británicas en el siglo XVIII

La dimensión religiosa

El «Gran Despertar»

Las guerras anglofrancesas

## 2. Revolución y construcción nacional (1765-1825)

Hacia la separación

Guerra e independencia

La época de la Confederación

La redacción de la Constitución

Una nueva nación

Republicanos y federalistas

La Guerra de 1812

Expansión

Enfrentamiento con los indios

Crecimiento económico

La libertad es un hábito

Religión y cultura

El crecimiento de la esclavitud

## 3. Expansión y crisis (1825-1865)

Industria y comunicaciones

Ciudades

- La nueva política (1828-1848)
- La época de los disturbios civiles
- Nuevos aires religiosos
- Cultura
- Pioneros: la expansión hacia el Oeste
- Pieles rojas y blancos
- Esclavitud
- Abolicionismo
- La crisis de 1848-1860
- La Guerra Civil (1861-1865)
- Consecuencias

#### 4. Ciudades e industria (1865-1917)

- Reconstrucción
- Supremacía blanca
- La frontera del Oeste
- Conflictos con los indios
- Imperialismo
- Industrialización y Edad de Oro
- Inmigración masiva
- Trabajo y capital
- Progreso y reacción (1877-1917)
- Progresistas
- Derechos de la mujer
- Cultura y religión

#### 5. Guerra e influencia mundial (1917-1956)

- El dilema global
- La Primera Guerra Mundial
- La crisis del radicalismo
- Los años veinte: prosperidad y corrupción
- El *crash*
- El *New Deal*
- Hacia la guerra
- La Segunda Guerra Mundial
- La lucha contra el comunismo
- Corea
- La purga anticomunista (1946-1956)
- El Estado fuerte
- Un dilema nacional

## Cultura

### 6. Ayer mismo. Estados Unidos: 1956-2000

- La Guerra Fría
- La revolución de los derechos civiles
- El poder negro (1966-1971)
- Crisis social
- La crisis del Estado
- ¿La caída de Estados Unidos?
- Liberalismo y liberación
- El rechazo de los años sesenta
- La era Reagan
- La nueva moral
- La dimensión económica
- El *boom* de Clinton
- Los años de Clinton
- Nuevos peligros

### 7. La época contemporánea

- Mirando al Oeste desde las costas de California
- La guerra global contra el terror
- Protestas crecientes
- La nueva economía
- La crisis de la vieja economía
- Tormenta económica
- Las elecciones de 2008
- Obama
- Deudas y déficits
- Contra la corriente
- Un dilema persistente en Estados Unidos
- Estados Unidos en el mundo
- El terrorismo y la *yihad*
- Las nuevas superpotencias
- El fin de la guerra cultural
- Crisis conservadora
- Las elecciones de 2016

### Apéndices

- La Declaración de Independencia (1776)
- Confesiones e iglesias

Sugerencias de lectura complementaria

Créditos

## Prefacio

Esta «historia» no es un libro largo, y no es difícil suponer que una obra de este tamaño sólo pretenda ofrecer un bosquejo introductorio bien de la historia política de Estados Unidos, bien de su historia económica, cultural, demográfica o religiosa.

El intento de integrar todos estos elementos en un solo volumen podría parecer una empresa ambiciosa e incluso temeraria, y seguramente haya omitido temas que para algunos lectores serían esenciales.

Aun admitiendo que al destacar unas cosas en vez de otras se tiende siempre a lo subjetivo, creo que este libro se justifica a sí mismo por su propósito global, que es el de presentar una visión general, breve y accesible, de los principales temas y pautas de la historia de Estados Unidos, y ofrecer así una base para lecturas o investigaciones más detalladas.

## Introducción

Los historiadores han discutido mucho sobre la cuestión de la «excepcionalidad de Estados Unidos», es decir, sobre la idea de que este país está de alguna manera sujeto a leyes y tendencias distintas de las que prevalecen en otros países avanzados. En el peor de los casos, esta tendencia puede llevar a los estudiosos a una feliz teoría de consenso, según la cual los estadounidenses son en cierto modo inmunes a las pasiones o a los problemas que afectan a otras sociedades comparables, con lo cual se ignoran síntomas de tensión política o social importantes. No obstante, es cierto que el enorme tamaño del país y las dificultades de comunicación interna crearon unas circunstancias bastante diferentes de las europeas, y determinaron que su historia se desarrollara de hecho, en algunos aspectos, de manera fundamentalmente distinta. De estas diferencias estructurales se derivan muchos de los elementos que han configurado la historia de este país desde los primeros años de las colonias hasta el presente.

El territorio que finalmente se convirtió en la parte continental de Estados Unidos tiene casi ocho millones de kilómetros cuadrados. Sin tener en cuenta Hawái y Alaska, la mayor distancia de norte a sur es de 2.572 km; de este a oeste, de 4.517 km. Alaska y Hawái añaden otro millón y medio de kilómetros cuadrados. Para hacernos una idea, la Francia actual tiene una superficie de unos 544.000 kilómetros cuadrados; el Reino Unido e Irlanda suman 315.000; Alemania, 357.000. En otras palabras, sólo el Estados Unidos continental tiene más o menos el mismo tamaño que todo el continente europeo: una nación ocupa una superficie tan grande como las cuarenta y tantas entidades inde-

pendientes que forman Europa. A lo largo de toda la historia norteamericana, las grandes dimensiones del Nuevo Mundo crearon problemas y oportunidades a los que generalmente los europeos apenas estaban acostumbrados y para los que apenas estaban preparados.

El tamaño mismo de Estados Unidos planteó problemas específicos a los gobiernos; el interior del país está marcado por unos accidentes geográficos que podrían haberse convertido fácilmente en fronteras políticas, especialmente los Apalaches y las Montañas Rocosas. Este hecho ofreció extraordinarias oportunidades a los que tenían el control oficial. A lo largo de toda su historia ha habido grupos que han escapado de una situación política insostenible mediante la migración interna, normalmente hacia zonas periféricas de las tierras colonizadas. Así lo hicieron, por ejemplo, los puritanos disidentes durante la década de 1630, los «vigilantes» de Carolina del Norte en la de 1770 y los mormones en la de 1840. Otros crearon colonias basadas en utopías, en zonas sin colonizar, donde los gobiernos no tenían la capacidad, ni por lo general la voluntad, de llegar. Lo llamativo no es que en ocasiones se produjeran fenómenos de secesión en las regiones periféricas del país, sino que quedara un núcleo del que separarse.

Las amenazas de separatismo y escisión tuvieron que ser contrarrestadas mediante la flexibilidad política y la innovación tecnológica. Los medios de transporte han moldeado la historia de Estados Unidos al menos en la misma medida en que lo han hecho sus partidos políticos: los mundos creados sucesivamente por el barco de vela, la carreta Conestoga, el barco de vapor, el ferrocarril y el automóvil eran tan distintos entre sí como las épocas que suelen definirse con simples etiquetas políticas. Esto es particularmente cierto en la cuestión del desarrollo urbano. Como escribió Thoreau en la década de 1850,

Boston, Nueva York, Filadelfia, Charleston, Nueva Orleans y otros son los nombres de muelles que se proyectan hacia el mar (rodeados por las tiendas y viviendas de los comerciantes), sitios apropiados para cargar y descargar las mercancías<sup>1</sup>.

Cuarenta años después, otro observador bien podría haber descrito las ciudades de su época diciendo que eran principalmente estaciones de ferrocarril. El transporte también ha configurado la política estadounidense. A finales del siglo XIX, el control o incluso la regulación política del ferrocarril era uno de los asuntos clave que separaban a los radicales de los conservadores. Más recientemente, los conflictos raciales han enfrentado muchas veces a zonas residenciales (habitadas predominantemente por blancos) con grupos minoritarios del centro de las ciudades, división geográfica propiciada en un principio por los trenes de cercanías y más tarde por los automóviles y las grandes autopistas.

La tendencia de los grupos de población a ir por delante de las estructuras de gobierno explica en gran medida por qué es tan frecuente el recurso a la violencia y a la «vigilancia» en las comunidades fronterizas –la historia de esa violencia estadounidense requiere, no obstante, una explicación mucho más profunda que la de la mera influencia de las fronteras–. Como veremos, en el siglo XIX las localidades rurales del Este y del Sur se regían por la ley de las armas, al menos en la misma medida que las poblaciones ganaderas y los campamentos mineros del Lejano Oeste.

Como Estados Unidos se convirtió en una nación y perduró como tal, tendemos a hablar de «regiones» y regionalismo, pero esas unidades eran a menudo mayores que las naciones más importantes del resto del mundo. Hoy, California posee una economía que, si ese estado fuera políticamente independiente, sería la sexta potencia mundial. El federalismo estadounidense era necesariamente muy distinto de cualquier paralelo europeo, aunque sólo fuera por-

que los distintos estados eran, por lo general, más grandes que, por ejemplo, los reinos que finalmente formaron Alemania o Italia. Se suponía además que la unión de los estados no tenía por qué ser un vínculo eterno, o al menos así se pensaba hasta que las circunstancias de la Guerra Civil transformaron la relación con el gobierno nacional. La extrema diversidad entre y dentro de las regiones ha sido siempre una de las principales características de la vida estadounidense.

Las cuestiones de escala y regionalismo que de todo ello se derivan han tenido a menudo implicaciones políticas. Al menos desde mediados del siglo XVIII, algunos visionarios consideraron que su destino era extenderse por todo el territorio, aunque pocos se dieron cuenta verdaderamente de lo pronto que se iba a alcanzar ese objetivo, y de la rapidez con que el centro de gravedad demográfico del país iba a desplazarse hacia el Mississippi. Por tanto, a la hora de planificar la política había que contar con esta expansión para las siguientes décadas, algo que apenas preocupaba a los dirigentes europeos. A principios del siglo XIX, el crucial debate sobre la esclavitud se basaba por completo en la potencial expansión hacia el Oeste y sus implicaciones políticas en relación con el equilibrio entre estados esclavistas y estados abolicionistas.

Cuanto más grande se hacía el país, mayor era el riesgo de que las diferentes regiones pudieran entender su destino de muy distintas maneras. En política exterior, Nueva Inglaterra y el Noreste han tenido a menudo una orientación europea, considerada extraña e incluso desleal por los habitantes del Oeste, quienes apenas veían razones para intervenir en los enredos políticos de Europa y consideraban a Gran Bretaña más como un amargo enemigo que como un progenitor cariñoso. De diferentes formas, esta división afectó a la actitud de Estados Unidos con respecto a la guerra de 1812, así como a las dos contiendas mundiales. Incluso en la década de 1990 sigue configurando la opinión

de los estadounidenses sobre el futuro comercial e industrial de la nación: los poderosos atractivos de la Costa del Pacífico equilibran continuamente la orientación europea de la Costa Este.

La otra división regional constante era la que separaba Norte y Sur, una distinción inevitable por el hecho de que el clima y la economía de uno y otro territorio son radicalmente diferentes. De hecho, desde la época colonial las dos sociedades parecían tan distintas, tan irreconciliables incluso, que no deberíamos sorprendernos de la ruptura de la unidad nacional que se produciría después, en la década de 1860. Quizá la cuestión no debería ser por qué estalló la Guerra Civil en 1861, sino cómo se alcanzó antes la unidad, y cómo se mantuvo intacta durante décadas.

Las diferentes regiones desarrollaron sus propias culturas, y se ha debatido mucho a propósito de cuál es la naturaleza exacta de estas culturas. La cuestión de la «sureñidad» ha sido habitual en este tipo de debates, aunque el propio término delata el prejuicio de considerar el Sur algo atípico desde el punto de vista de una norma estadounidense o incluso mundial. En realidad, cabría sostener igualmente que fue más bien el Norte de principios del siglo XIX el que produjo un conjunto de supuestos culturales e intelectuales extraños, según los criterios del mundo occidental de la época, mientras que el Sur aristocrático, rural y cortés, era una entidad mucho más «normal» que sus vecinos igualitarios, urbanos y evangélicos del Norte. Para todo el que conozca bien la extraordinaria turbulencia social de las ciudades del Norte antes del inicio de la Guerra Civil, resulta una curiosa ironía hablar de la tendencia típicamente sureña a la violencia.

No obstante, es cierto que las culturas del Norte y del Sur se enfrentaron desde finales del siglo XVII sobre la cuestión de la esclavitud africana: no sobre su legalidad (inicialmente), sino sobre hasta qué punto debía ser fundamental esa institución para el orden económico del país. Desde

1700 hasta la década de 1950 el Sur se caracterizó por una división racial clara, en la que los blancos aventajaban enormemente a los negros en condición social y privilegios económicos. Aunque en el Norte existieron a veces divisiones similares, hasta la década de 1920 no hubo en esa zona un número de negros lo suficientemente amplio como para plantear el «dilema americano», el «problema negro», de una forma aguda. Así, el regionalismo ha estado íntimamente relacionado con el conflicto racial, que ha sido siempre un componente muy difícil de la vida del país y que ha moldeado su historia cultural y social no menos que la política.

El hecho de que a los negros de este país se les haya asignado tan a menudo el papel de una casta laboral inferior se ha traducido en frecuentes divergencias entre la historia de Estados Unidos y la de Europa en cuanto a la formación de clases sociales y de las actitudes asociadas con ellas. Aunque Estados Unidos tiene de hecho una rica tradición de organización y solidaridad obreras, esa tradición se ha visto muchas veces sabotada por las hostilidades raciales y el uso de estrategias del tipo «divide y vencerás» que han conseguido enfrentar a blancos y negros. De este modo, la presencia de una importante minoría racial en Estados Unidos ha supuesto que se identificasen los conceptos fundamentales de raza y clase, algo que resultaba completamente extraño a los observadores europeos –al menos hasta que empezaron a enfrentarse a ese mismo problema con la diversificación de sus propias poblaciones étnicas a partir de la década de 1950–. Desde la de 1970, los dirigentes del Reino Unido, Francia, Alemania y otras naciones comenzaron a reconocer, a regañadientes, que las experiencias raciales estadounidenses ofrecían valiosas enseñanzas que quizá deberían tomar en serio en sus propias sociedades. Hoy en día, también en Europa los problemas raciales invaden los debates sobre temas como la Seguridad So-

cial o la justicia penal, algo con lo que Estados Unidos está familiarizado desde los tiempos de la esclavitud.

Paralelamente a la polarización racial en el Sur, se produjo un aumento de la complejidad étnica en el Norte y después en el resto de las regiones del país. Mientras que el Sur pudo vivir durante décadas de una rentable agricultura de plantaciones, era inevitable que el Norte tendiera hacia la expansión industrial y el desarrollo urbano que ésta lleva asociado. La disponibilidad de puestos de trabajo y tierra virgen convirtió a Estados Unidos en un destino enormemente atractivo para los emigrantes –al principio grupos procedentes del norte de Europa vinculados con el continente americano desde época colonial, pero después aparecieron grupos de distinta procedencia que podían viajar gracias a los avances del transporte marítimo–. Mientras que la división étnica en el Sur estaba escrita literalmente «en blanco y negro», el resto de Estados Unidos se hizo cada vez más políglota y diverso, y tanto en términos étnicos como religiosos. Y aunque otros países han experimentado grandes movimientos de población, ninguna nación ha conocido una inmigración tan prolongada y casi constante como Estados Unidos, con todo lo que eso implica en términos de crecimiento económico, movilidad social y relaciones entre las distintas comunidades.

El hecho de que Estados Unidos sea tan grande y diverso significa que, para preservar su unidad nacional, se precisan unos medios políticos bastante diferentes de los de Europa, y supone la creación de ideologías nacionales lo suficientemente flexibles como para adaptarse a una población que cambia a gran velocidad. El simbolismo de Inglaterra y su monarquía fue suficiente durante gran parte de la historia colonial, y no hizo falta cambiarlo demasiado para acomodarlo a las necesidades de una nueva nación que elevaba a un presidente, considerado como un héroe, casi al rango de rey. Así sucedió igualmente en la esfera religiosa, en la que a una Iglesia establecida sucedieron varias

doctrinas independientes pero, sin embargo, militantemente protestantes. La aparición de nuevos grupos étnicos y religiosos dio lugar a una situación más compleja. Por ello, Estados Unidos ha tendido a acentuar unas ideas de patriotismo exacerbado y de destino nacional que resultan excesivas a los ojos europeos, y cuyo rasgo más sorprendente es la devoción existente por un símbolo nacional muy utilizado: la bandera. Todas las etnias recién llegadas han aceptado, en gran medida, una mitología nacional que incluye a los *Pilgrim Fathers* («Padres peregrinos») y su primer Día de Acción de Gracias, a héroes como George Washington y Abraham Lincoln, y míticas lecturas de la Guerra Civil y el Viejo Oeste. A cambio, se les ha permitido añadir a esa construcción sus propios elementos –e incluso se les ha animado a hacerlo–. Así, el Día de Colón se convirtió en la celebración del orgullo italoamericano, mientras que otros grupos encontraron sus héroes culturales entre amigos y consejeros de distintas nacionalidades de George Washington. Recientemente, los afroamericanos han añadido su figura propia al panteón nacional: Martin Luther King Jr., el único héroe que se conmemora con una fiesta de igual importancia que las de Washington y Lincoln.

Dicho esto, lo cierto es que en los últimos años ese tipo de asimilación ha demostrado ser controvertido, e incluso inaceptable para muchas personas, en una época de profunda revisión histórica. Mientras los italianos idolatraban a Colón, ese nombre resultaba profundamente intolerable para los descendientes de las poblaciones autóctonas, que habían sufrido asesinatos y esclavitud a manos de los conquistadores que le siguieron. El quinto centenario del «descubrimiento» de Colón fue saludado con masivas manifestaciones de protesta, y la propia institución del Día de Colón ha ido cayendo cada vez más en el descrédito. Más recientemente, la creciente lucha por los derechos de los afroamericanos ha utilizado el recurso de sacar a la luz los vínculos de ilustres personajes históricos con la esclavitud o